

JOSÉ PABLO FEINMANN TIMOTE

**SECUESTRO Y MUERTE
DEL GENERAL ARAMBURU**



Novela  Planeta

JOSÉ PABLO FEINMANN

Timote

Prólogo de Guillermo Saccomanno

 Planeta

Prólogo

*William Morris, provincia de Buenos Aires,
7 de septiembre de 1970, 21 h*

El que está en esa mesa. La que está junto a la ventana, la que permite echar una mirada hacia afuera, controlando. Ese es Fernando Abal Medina, el montonero que mató a Aramburu. Hace treinta o treinta y cinco días lo mató. Ahora lo van a matar a él. Nuestro relato no es este, sino el otro. El relato en que Fernando lo mata a Aramburu, lejos, en Timote, insignificante pueblo de la desmedida provincia de Buenos Aires, allá por Carlos Tejedor. Si empezamos aquí, por la noche en que lo matan a él, es para darle espesor, tragedia, a una frase que él dirá al final del relato, cuando se va de Timote con sus compañeros. Se va en la pick-up Gladiator, manejando como un loco en plena noche, a través de un camino fangoso y poceado, con la impunidad que le da sentirse un dios, el protagonista de un hecho violento pero justo que astillará la historia del país, que la quebrará en dos partes: un antes y un después, que abrirá un tajo, una ruptura irre-

parable, así de profundo es ese tajo y ha sido él quien lo hizo; él, su mano vengativa. ¿Fue una venganza? Claro que sí. ¿Qué es si no castigar a un hombre por las atrocidades que hizo, por las injurias a que sometió al general, a la compañera Evita y al pueblo peronista? ¿Cuál es el paso que sigue a la venganza? No lo pensó durante el regreso, bajo esa luna blanca y circular, bajo ese cielo oscuro lleno de estrellas que no cesaba de mirar, como si quisiera contarlas o develar cuál era la suya, probablemente la más grande, todo entre el aturdimiento y el vértigo. Firmenich, a su lado, apretaba los dientes, que rechinaban, se veía furioso, pero ¿cómo sacarle el volante a ese poseído? Si sigue, nos matamos todos. Para colmo, las luces de la Gladiator no son buenas. El camino se ve, no se ve, se ve. Nunca se ve bien.

—Tranquilo, Fernando.

¿Cuál es el paso siguiente a la venganza? No, no voy a pensar en eso ahora. El paso siguiente a la venganza es disfrutarla. Aquí está, esa es la respuesta. Lo demás, después. Ahora me espera la Gaby. Llego y le digo que todo salió bien. Y nos tiramos el polvo de los vencedores, el mejor de todos. Es tan linda, Gaby. Tan compañera, mujer.

—¿Me oíste, Fernando? Tranquilo, dije —insiste el Pepe.

Nada, ni le habla ni lo mira. Se abre a los pensamientos que lo asedian. Se los dice a sí mismo. Habla, no cesa de hablar y sigue hablando. Pero para sí, interiormente. Sin embargo, no. Hay un momento mágico, involuntario. Él mismo se sorprende, pero una frase taladra sus labios y brota. Sale de él, de su recóndito abismo, del tu-

multo espiritual en que está inmerso, y gana el afuera, se hace oír, todos la oyen. Luego de decirla, Fernando aceleró aún más. La Gladiator es una exhalación que corta la noche, mutilándola.

La pizzería es una como cualquier otra. Como todas las que hay por ahí, por esos lugares de la provincia. Se llama La Rueda. No se lucieron con el nombre. Tiene más de parrilla que de pizzería. Por lo de la rueda. Ruedas tienen los carros y los carros andan por los campos, entre las vacas, los terneros. Que suelen terminar en alguna de las infinitas parrillas de la patria de la carne, del bife de chorizo o de lomo, del asado de tira. Si este país hasta forma de bife tiene. Borges —cuando Pinochet lo condecoró— le dijo que Chile ostenta la forma de una espada. Tenía razón, pero eso, entre otros dislates menores, hizo que al Nobel ni pudiera olerlo. Argentina, en cambio, padece la escueta, despojada gloria, de tener esa forma vacuna, la del bife de chorizo, cuando, apenas al otro lado de la cordillera de Los Andes, hay un país con forma de espada. ¿Cómo llegamos a esto? Por la pizzería. Por ese nombre que le pusieron: La Rueda. ¿Qué hace en esa mesa Fernando Abal Medina? Porque se llame como se llame, hoy, esa pizzería, pasa a la Historia. Falta poco para que estalle el mundo. Para que haya tiros por todos lados y hasta para que explote una granada. Pero falta. Poco, pero aún no. Supongamos que dirigimos nuestra atención hacia el tipo que está detrás del mostrador. Sería raro que a alguien le cayera bien. Son cosas que se sienten en la piel. Ese tipo no puede ser un buen tipo. Tiene cara de bicho, de

insecto o de cerdo. Un cerdo no es un bicho, pero este tipo se las ingenia para parecer las dos cosas. Preguntemos: ¿qué pasa con Fernando? ¿No lo vio? Si lo hubiera hecho sabría que ese tipo no puede ser sino un enemigo, un buchón de la policía. Supongamos que Fernando lo vio. Si lo hizo, no le pareció eso. El tipo del mostrador es un gordo como hay tantos, abundan. Un grasa de pizzería berreta. Inofensivo como el perejil. Fernando no se preocupa por él. Lo vio, pero no lo vio peligroso. No pasa nada. Todo va a andar bien. Es cierto que hay carteles con su cara por todo Buenos Aires. Con la suya. Con la de Firmenich y con la de Norma Arrostito. Como si Buenos Aires fuera el *far west*. BUSCADOS. Eso dice el cartel. No se quedaron cortos. Así es como se despierta la atención de la gente. BUSCADOS. Estos enemigos del orden institucional, de la democracia, de la patria y de las buenas costumbres son perseguidos por todo el país. ¡WANTED! Como en las películas de *cowboys*, como en los *westerns*. Esas basuritas que le gustaban a Juan Villemot cuando tenían el Cine Club en el Nacional Buenos Aires y daban películas de Bergman. Pasaron esos tiempos. A la mierda con el arte. Es la hora de los fierros. ¡WANTED! Él, Firmenich y la Flaca Arrostito. ¿Quién sería ella? Calamity Jane. El cartel es patético. Hace rato que lo pusieron. Supongamos que Fernando lo ha visto desde un Peugeot en el que se desplaza junto a dos compañeros más. Supongamos eso: que ve el cartel. Hay dos o tres tipos y una mujer mirándolo. Miran las caras de los que mataron a Aramburu. No se hablan entre sí. Miran en silencio. El cartel —lo que evoca: la muerte—

los torna excesivamente cautelosos. Ninguno comenta nada. Ninguno busca establecer alguna complicidad con los otros. ¿Quién sabe lo que piensa el que tiene al lado? Si alguien dice: «Estaba escrito: a este se la debían. Se la buscó solito». Otro puede enfurecerse: «¿Qué dice, infeliz de mierda? ¿Cómo justifica que maten a alguien como si fuera un perro?». Peronista de alma, la mujer defiende al primero: «¿Sabe por qué? Porque era un perro. Aramburu era un perro y lo mataron como a un perro. ¿Le quedó claro?». El tercer tipo se va. Pero nada de eso sucede. Silencio y hasta estupor: ¿qué le espera al país después de esa muerte? Nadie lo sabe. O nadie lo dice. Si alguno está contento, se guarda la alegría. Si alguno está triste, se guarda la tristeza. A lo sumo, la mujer podría decir: «Qué cosa con este país. No se arregla nunca». Fernando le ha ordenado detener el Peugeot al que maneja. Baja y se junta con los que miran el cartel. Ese no soy yo ni por joda. Es una foto de cédula de identidad. Qué cara de malo tengo. Debo asustar a los pibes. Nene, si hoy no hacés los deberes viene ese señor y te pega. Toda borroneada esa foto, por favor. Qué berretas que son. No me reconoce ni la Gaby. De pronto mira a la mujer. De pronto dice:

—¿Serán estos? ¿Usted qué opina?

—No sabría decirle —dice ella.

—Este país no se arregla más —dice Fernando—. Desde pibe le escucho decir eso a mi viejo.

El Peugeot arranca y Carlos Ramus, el que maneja, le dice que está loco, que es un imprudente, que su audacia les puede costar cara. Fernando niega, era una prueba

que tenía que hacer. Se lo había prometido. Demostrar-se que ese cartel es una mierda, que no sirve para nada.

—Ni mi vieja me podría descifrar.

Pero ese cartel de mierda lo va a vender. ¿No se le ocurre mirar otra vez al gordo del mostrador? No, no se le ocurre. ¿Alguien sabe qué hace Fernando Abal Medina en esta pizzería, a esta hora, arriesgándose? Para colmo, en su mesa, frente a él, está el Negro Sabino Navarro. Se acaba de sentar. Un combatiente como no hay otro. No fue Tacuara, no fue al Nacional Buenos Aires. Es de Corrientes el Negro Sabino, el padre era analfabeto, no tenía un peso partido al medio. A los doce años viene a Buenos Aires. Tiene que buscar trabajo. No puede seguir viviendo como vive. En una casilla prefabricada. Cuando llueve, llueve afuera y llueve adentro. Se mete en un taller metalúrgico de Colegiales. Es obrero el Negro Sabino Navarro. Las tiene todas: tonada correntina, espaldas anchas, morochazo, obrero metalúrgico, las mujeres lo ven parecido a Emiliano Zapata, o a Marlon Brando haciendo de Zapata. Él no deja pasar una. A su esposa, la llena de cuernos. Un esclavo de sus hormonas y de su escasa resistencia al asedio de las hembras, así es el Negro. Esta noche, aquí, en la pizzería La Rueda, se salva. Y asume la conducción de Montoneros. Pero otra noche estaciona un Peugeot rojo en una calle cualquiera y se pone a apretar con una piba de veinticinco años, Mirta Silvia Silecki, que no era montonera, no era peronista ni troska, no era nada. La calentaba el Negro, no la política. Al Negro, ella lo volvía loco. Ya ven, no todo era política, militancia, fierros. Se cogía también. Aparecen dos policías. «Do-

cumentos, por favor». El Negro dice que los tiene en el baúl. Los canas le creen. El Negro abre el baúl. Tiene un maletín ahí. Dentro del maletín, un 38. Lo saca como un rayo y baja a tiros a los dos policías. Se acabó el problema. Después, camina hasta el patrullero, abre la puerta y agarra, robándosela, una metralleta. La encontró ahí, sobre el asiento. La confiscó. Pero los Montoneros lo destituyen por conducta amoral. Tienen metida en el alma la rigidez pacata del catolicismo. Tienen alma de monasterio. Aunque seas un Negro calentón, aunque todas las minas se pianten por encamarse con vos, estás casado, Sabino, y le debés lealtad a tu mujer. No nos queda otra que degradarte. Un combatiente que no es leal a su compañera puede no serlo a la Organización. Lo destituyen y lo mandan a Córdoba. Ahí, no muy contento porque nació para jefe, hace de todo. Cagadas también. En Río Cuarto quiere robarse dos autos. Con él, dos compañeros. Aparecen un montón de canas. El Negro se mete en las serranías. Ahí va a estar seguro. Pero no, lo alcanzan. Está con un compañero. Se llama Cottone. Al Negro lo balean feo. Se desangra. Cottone quiere salvarlo. El Negro le dice: «Aquí el jefe soy yo y usted se salva porque yo se lo ordeno». Cottone se salva y al Negro lo matan. Así muere el Negro José Sabino Navarro, en julio de 1971, a los veintinueve años. La conducción de Montoneros cae en manos del Pepe, de Manolito. Le dicen así por el amigo de Mafalda, el galleguito del almacén, comerciante ventajero y bruto. Gordito también y con las cejas pobladas y unidas entre los ojos. Nadie parece creer en la excelencia intelectual del Pepe. La cosa es que el Negro Sa-

bino, que esta noche, en la que Fernando Abal Medina morirá, salva el pellejo, lo pierde en Córdoba, en las serranías, desangrándose, solo. Porque a su compañero le dijo: «Usted se salva. Yo se lo ordeno».

El Gordo despacha las porciones: fugazzeta, muzzarella, muzzarella con fainá, jamón y morrones. Atiende y vigila. Mira a Fernando con el rabillo del ojo. Tiene miedo. ¿Si lo denuncia y el loco lo mata? ¿O no mató a Aramburu? Solo un loco pudo hacer algo así. Le debe ser fácil amasijar a alguien, juego de niños. Sobre todo a alguien que lo delató. Se muere de miedo el tipo, pero ya mira el teléfono. Si llama a la policía, mañana todos van a hablar de él. Multiplica la clientela. Vean al pizzero que tuvo las pelotas de denunciar al asesino de Aramburu. Vayan a la pizzería La Rueda. A su frente hay un hombre de la Argentina de la paz y del orden. No sea perezoso, véngase hasta William Morris, localidad agraciada del partido de Hurlingham, provincia de Buenos Aires. Venga y conozca un lugar ya elegido por la posteridad. Pizzería La Rueda. Si le dicen que la pizza que se ofrece es una mierda, ¡haga oídos sordos a la infamia subversiva! William Morris es, por si fuera poco, una localidad que rinde culto a la poesía. Si no, ¿por qué creen que se llama así? ¿Saben ustedes quién era William Morris? Nadie lo sabe. Pero era un poeta inglés. No es poco, señoras, señores. Un hombre de la patria de John Bull. Tradujo la *Odisea* y la *Eneida*. Tuvo la mala fortuna de morir en 1896. De lo contrario, estaría hoy entre nosotros, aquí, en la pizzería La Rueda, la pizzería antisubversiva, comiéndose una exquisita fugazzeta, especialidad de la casa, y apurándola con algunos

de nuestros tintos de exquisita calidad, sea un Termidor o un Casa de Troya y hasta, por qué no, un Viejo Tomba, que mejor no hay.

Volvemos a Fernando. Lo que sea que haya venido a hacer en esta pizzería no lo va a hacer. Y todo por una ligereza, por un error bobo, un exceso de confianza. Porque el Gordo del mostrador pudo haber hecho muchas cosas. Primero, no reconocerlo. Segundo, reconocerlo, ser cauteloso, ceder al miedo y quedarse tranquilo. ¿Una de mozzarella con fainá, señor? Una sopa inglesa para la mesa tres. Una botella de Crespi. Una grande jamón y morrones para la mesa seis. Y así, inocente y rutinario, libre de peligro. Tercero, reconocerlo y tener ganas de salir en los diarios. Agarrar el teléfono —tener coraje para hacerlo— y llamar a la policía. ¿Qué le pasa a ese Gordo? ¿No es peronista? ¿No está contento con la muerte de Aramburu? ¿No está orgulloso del tipo que lo boleteó? ¿Que sacó de este mundo al fusilador de la Libertadora, al empecinado perseguidor del peronismo y los peronistas? ¿No se moría de admiración por Fernando Abal Medina? ¿Un pizzeria de William Morris, un tipo del pueblo que manejaba un negocio popular en una localidad de trabajadores, podía ser un buchón de la policía, podía denunciar al valiente que le dio felicidad al pueblo peronista, una felicidad entre tantas amarguras, entre sueldos que no alcanzan y proscripciones eternas? Sorpréndanse: sí, el Gordo está a punto de convertirse en un delator. No hay caso: hay gorilas por todos lados. Hasta en una pizzería de mierda. Pero entendamos: el Gordo es el patrón. Y en este país apenas cualquier pobre tipo llega a ser patrón se convier-

te en traidor, en buchón, abomina de su clase, quiere trepar, ser un señor, dar lástima en los salones de las clases altas. Pero estar ahí. Además, el cartel que puso la cana era guarango, berreta, pero claro. Más claro (está a punto de averiguarlo) de lo que Fernando creía. En el mes de julio de ese año, 1970, un mes después de la muerte de Aramburu, lo pegotearon por toda la ciudad. Lo conocíamos de memoria. Ellos, los Montoneros que mataron al líder del país gorila, al que inició ese país, al «héroe» del Decreto 4161, eran célebres. Fernando, el Pepe y la Gaby. El omnipresente afiche era así:

POR EL SECUESTRO DEL SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. PEDRO EUGENIO ARAMBURU

SE REQUIERE LA CAPTURA DE:

Esther Norma Arrostito, alias «Gaby»

Mario Eduardo Firmenich, alias «Manuel»

Fernando Abal Medina, alias «Fernando»

DENÚNCIELOS

¿Valdrá la pena analizar este engendro? Aramburu, más títulos no podía tener. «Señor», que era sobreabundante. «Teniente General», que era correcto y el único que se debió haber utilizado. Y, para colmo, la «D» de Don. Aramburu era «Señor» y «Don» además de Teniente General. La cima de la respetabilidad. El hombre de la Argentina institucional, democrática, republicana. Los otros, los montos que lo alejaron de la guitarra, que lo mandaron para siempre a tocar el arpa, tenían, en tanto delincuentes, el infamante «alias». Alias Gaby. Alias Ma-

nuel. Alias Fernando. Fernando no era el alias de Fernando: era su nombre legítimo. ¿Por qué no poner El Señor Teniente General D. Pedro Eugenio Aramburu, alias «el Vasco»? No, «alias» tienen los malvivientes. Los hombres de bien no tienen «alias». Pero el cartel circuló a lo largo y a lo ancho del país. Y las fotos no eran lo que Fernando creyó: berretas, borroneadas, ininteligibles. Su vieja y cualquiera que lo conociera lo habría reconocido de inmediato. «Ese es Fernando Abal Medina. Seguro, esa cara flaca, esas cejas, esa nariz fuerte, definida, esa boca delgada, esa cara de tipo decidido, de tipo que no duda, que se tira a la piletta sin pensarlo ni una ni dos veces, esa, que nadie lo dude, solo puede ser la cara de Fernando Abal Medina». Ahora, el Gordo, detrás del mostrador, sabemos que lo reconoció. Es probable que tenga miedo. Pero el ansia de figuración puede llevarlo a una hazaña: a vencer ese miedo y denunciar. «Vengan rápido. Está aquí». «¿Seguro que es él?» «Es él». «¿Está armado?» «¿Qué sé yo? ¿También quieren que lo palpe de armas?» «Vamos para ahí. Si se quiere ir dele conversación». El Gordo cuelga. Ya está. A esperar, ahora. Fernando no sospecha, no presiente, no cree en la mala suerte, en las celadas de la realidad. Algo peligroso le pasó desde lo de Aramburu. Nada lo lleva a pensar que está en peligro. Peor: que el peligro tenga algo que ver con él. No pueden matarlo, la Historia se detendría. No puede morir. Tiene veintitrés años, ¿quién no se ha sentido inmortal a esa edad? Además, la trascendencia del crimen de Timote lo protege. La historia exige el despliegue de su vida. Él tiene que explicarse. Solo sus acciones lo explicarán. Si se muere, nadie va a

conocer al héroe de esa victoria. Porque eso fue, una victoria. Es como si San Martín se hubiera muerto después de Maipú. Imposible. Esa batalla le abrió el camino para libertar al Perú. Para enfrentarse a Bolívar. Para perder en Guayaquil. Pero tuvo que seguir vivo para eso. Para negarse a pelear en las guerras civiles argentinas. Eso lo explicó. O él se explicó a sí mismo. Había que conocer al héroe de Maipú. Y la Historia le dio el tiempo de hacerlo. De diferenciarse de Lavalle, por ejemplo. También se lo dará a él. A Fernando. Todos van a saber que no es un asesino sino un hombre que pelea una batalla justa. El país tiene que saberlo. Hay que seguir adelante, denunciar al régimen, traerlo a Perón. Y cuando el Viejo llegue, él va a estar a su lado. Y ahí sí. Todos lo van a saber. El Viejo está ahí porque él lo liquidó a Aramburu. Se ensució las manos. Le ahorró eso al pueblo peronista. Dejen, esto lo hago yo. Meto las manos en la mierda por ustedes. Que son trabajadores, que tienen familias que alimentar, que no se pueden permitir la clandestinidad. Miren, ya lo hice. Aquí tienen el resultado. Perón está en la patria. La Muerte, a él, confía Fernando, lo va a respetar. La Muerte tiene un pacto con la Historia. No se lleva a los que todavía son necesarios. A los que todavía pueden hacerla. Pero hay algo que ignora. Creerse inmortal es riesgoso. Creer que Dios, la Historia y la Revolución están de su lado es el modo impecable de descuidar la seguridad. Vivir entre mayúsculas lleva al desprecio de lo nimio, lo pequeño, del burdo hecho cotidiano. Es tan ínfimo lo que le está sucediendo, lo que ignora. Un gordo pizzero se animó a agarrar un teléfono, marcar el número de la policía

y denunciar que la Revolución, la Historia, la Inmortalidad y el tipo que le ahorró al pueblo peronista ensuciarse las manos está ahí, en su boliche, una pizzería más, que, como tantas, apesta a muzzarella, a cebolla, a morrones, a aceitunas, a sardinas. Mal lugar para alguien que si no se cree Dios, no le anda lejos. Algo más: que no se crea que en este relato Aramburu será tratado como un gorila antipopular, que se buscó una muerte que merecía, que se la ganó. Se van a sorprender los que esperen eso. Aramburu, ante la muerte, ahí, nos va a mostrar un rostro sorprendente. De católico a católico le va a hablar a Fernando del *temor de Dios* y a Fernando, antes de matarlo, por cometer el error de hablar mucho con su víctima, se le va a abrir un tajo en el piso, y ese tajo, pese a tantas y tan sólidas convicciones, hará temblar su espíritu y, lo que tal vez sea más grave, su mano, su mano ejecutora, la que nunca debe temblar. Contamos una tragedia. No una historia con buenos y con malos. En la tragedia hay que escuchar a todos. Porque todos tienen buenas razones para defender sus actos y, por consiguiente, sus vidas.

Se agrega a la mesa el cordobés Luis Rodeiro. No hace falta nada más. Solo que llegue la policía, pero hay que esperar. Antes es importante saber qué se dicen en esa mesa. Saberlo es saber por qué están en la pizzería La Rueda, en William Morris. Casi nadie lo sabe. Todos los que han escrito sobre los Montoneros dicen que el motivo es azaroso, indescifrable. Primer motivo, Fernando está viviendo cerca de ahí. ¿Por qué no hizo la reunión en su casa, por qué arriesgarse, por qué salir a ventilar las cuestiones de la organización en un lugar público? Lo

sabemos, sabemos cómo es Fernando. Habrá tenido ganas de comer pizza, de caminar un poco, de tomar aire fresco. ¿Era muy urgente lo que tenían que tratar? Una de las cuestiones, sí.

—Andan a la deriva —dice Luis Rodeiro—. Es un peligro. O los agarran o alguno se va a vivir a la casa de unos parientes y les larga la historia.

La «historia» es la de La Calera, localidad de la provincia de Córdoba. La organización quiere sacar chapa de izquierdista. Quiere decirles a todos: a no confundirse, los Montoneros no son unos católicos con pasado nacionalista que mataron al liberal Aramburu y después pidieron a Dios piedad para su alma. Son tipos de izquierda. Como los Tupamaros uruguayos. Si ellos, en 1969, ocuparon la localidad de Pando, los Montoneros, ahora, el 1° de julio de 1970, con el Gordo Emilio Maza a la cabeza, ocupan la localidad de La Calera. Se llevan plata, pintan todas las paredes con las leyendas *Perón o Muerte y Montoneros* y hacen oír al pueblo la marcha peronista: *Por ese gran argentino / que se supo conquistar / a la gran masa del pueblo / combatiendo al capital*. Si ese había sido Perón en 1945, en la era de las revoluciones del Tercer Mundo había que hacer de él el segundo Castro de América. Se van del pueblo y todo sale mal. Un auto se les estropea, ellos huyen pero la policía sabe dónde buscarlos, hay tiros por todos lados, hace fuego la policía, contestan los montoneros, pero dos cuadros fundamentales del Grupo Córdoba (el corazón de la toma de La Calera) terminan malamente heridos. Uno no tarda en morir: el Gordo Emilio Maza, héroe del *aramburazo*. Y otro, Ignacio Vélez, recibe un plomo en la columna

vertebral. La derrota produce una desbandada de militantes hacia diversas provincias. Pero sobre todo hacia Buenos Aires. ¿Dónde ponerlos? «Arreglemos ya esta cuestión», dice Fernando. Y se va con sus compañeros a La Rueda. A Rodeiro lo cita porque quiere fundar el Grupo Salta.

—Son como treinta —le dice el Negro Sabino. Y se liquida hasta la mitad un vaso de tinto que pidió. No le importan las marcas. En una pizzería pide *común* y listo: Crespi o Peñaflor. En otra parte, en un restaurante fino, en medio de una reunión política importante y sobre todo si paga otro, lo mejor. De Mendoza llegan vinos excelentes en esos años. De Chile, ni hablar.

—Te ocupás vos —dice Fernando—. Pero no los dejes en banda mucho tiempo.

—Qué puta suerte con lo de La Calera —comenta Rodeiro.

—Contame algo que no sepa —dice el Negro Sabino. Mira a Fernando—: ¿Y a él lo ponés nomás al frente del Grupo Salta?

—A él.

—Un cordobés no sabe conducir salteños —dice Sabino.

—¿Y eso de dónde lo sacaste? —dice Rodeiro.

—Era una joda.

—Ojo, hablemos de fútbol —dice Fernando—. Entró la cana.

—La jugada más increíble del Mundial no la hizo Pelé —dice el Negro.

—Si no fue Pelé, ¿quién? —dice Rodeiro.

—El arquero inglés, hermano —sigue el Negro.

—Sí, pero el que cabeceó fue Pelé —dice Rodeiro.

—¿Y eso qué mierda importa? El cabezazo de Pelé fue genial. Pero eso no lo hace grande a Pelé. Hace más increíble la atajada de Banks. No existe en el mundo un arquero que pueda sacar esa pelota. Pelé le cabecea de arriba hacia abajo. Al rincón más esquinado del arco. El tipo vuela y se la saca. Lo más grande del Mundial —asevera el Negro.

La policía los vio y se acerca a la mesa. Son tres tipos de civil. Hay otras versiones. Que venían de uniforme. O dos de civil y uno de uniforme. Digamos que los tres vienen de civil y Fernando los olió no bien atravesaron la puerta. «O no, pará: rectifico. Hay otro arquero que pudo haber sacado esa pelota. Cejas la hubiera sacado», dice el Negro. Rodeiro vacila. Pero no dice nada. No tiene convicciones para negar lo que el Negro ha dicho. Cejas, arquero de Racing, era un grande. Si hasta Pelé, no bien terminó el Mundial, se lo llevó al Santos. Como si dijera: «De todos los arqueros que vi en el Mundial no hay uno mejor que ese argentino que se quedó con las ganas». Porque Cejas no pudo estar en México. Argentina, en 1969, oprobiosamente no se clasificó. El Negro Sabino tiene pocas pulgas. Ya lleva su mano a la 45. Fernando lo detiene con un gesto imperceptible. Tan preciso, que solo el Negro puede verlo. Ese gesto dice: «Pará, esto lo arreglo yo». El Negro guarda el arma. Luis Rodeiro pincha una aceituna: gran hazaña en semejante situación. Nunca es fácil pinchar una aceituna, menos si viene la policía a buscarlo a uno y uno es miembro de la organización Montoneros. Pero la pincha y se la mete en la boca y la mastica y has-

ta escupe el carozo en el centro mismo del cenicero. Cejas jugó cinco años junto a Pelé. Medía 1,87 m. Salía a tapar al delantero que llegaba con pelota dominada como nadie sabía hacerlo. Ganaba siempre, o casi siempre. Era bueno de arriba, de abajo. Rechazaba con los puños las pelotas comprometidas. Con tal perfección que las mandaba al círculo central. Pero no jugó en México. El terreno le quedó libre a Banks. Que, aunque jugaba atornillado a la raya, era un fenómeno. Y alcanzó la gloria al sacarle ese cabezazo a Pelé. Era imposible: esa pelota era gol. Salvo un milagro podía impedirlo. Banks fue ese milagro. Después, en la final con Italia, Pelé repitió ese cabezazo. El arquero italiano se quedó petrificado o ensayó tirarse para la foto. Como sea, la fue a buscar adentro. Esto confirmó la grandeza de Banks. El arquero que hizo la atajada más grande de la historia del fútbol. Algo así como la Sixtina de las atajadas. La novena sinfonía bajo los tres palos.

—Buenas noches, documentos, por favor.

Es la policía. Son dos. El tercero se quedó cubriendo la puerta.

Hagamos un encuadre de la situación.

Adentro de La Rueda, en esa mesa junto a la ventana, están Fernando Abal Medina, el Negro Sabino Navarro y Luis Rodeiro. Afuera, vigilando —una vigilancia que no pareciera haber rendido sus frutos—, está Carlos Ramus, en un Peugeot 404 de color bordó, hermoso color para un auto como ese. No cualquiera tenía un 404 en 1970. Más allá, alejado, en un Fiat 1500 de color blanco, que se ve algo terroso como todos los coches de ese color que se ensucian de nada, está Carlos Capuano Martínez,

del Grupo Córdoba, como el Gordo Maza, a quien, según vimos, lo liquidan después de La Calera, y como Ignacio Vélez, que sale con una herida fea en la columna vertebral, como si alguna pudiese ser otra cosa que eso, fea. Carlitos Capuano tiene algo que comparte con el Negro Sabino: es morocho, habla pausado y se altera poco. Más bien es el sosiego lo que define su gestualidad. Le dicen Flaco. Hoy se salva. Pero, acaso insensatamente, lo van a matar en una situación parecida. Será el 16 de agosto de 1972, en un bar de Barracas. Está con otros dos compañeros. Tranquilo, sentado a una mesa. Hasta por ahí tomándose un café y fumando un pucho. Entran dos policías de civil y otro se queda afuera, igualito que en William Morris. Los compañeros de Carlitos Capuano muestran sus cédulas. Pero él está muy marcado. Ordena a sus compañeros que huyan, saca su pistola y la descarga sobre los canas de civil. A uno casi lo mata, faltó poco. El tipo, igual, cae con un quejido de dolor y queda en el piso, indefenso. El bar se vuelve un infierno. Gritos, la gente que se tira al piso, botellas que se rompen. Capuano sale por la puerta de atrás. Tiene un coche en la calle. Si sube, se salva. Corre, oye que lo corren. Tiene que seguir peleando. Gira y hace fuego otra vez. Mata a un subcomisario. Debía tener buena puntería Capuano. Abre la puerta del coche, ya entra, ya se raja. Pero, para entrar, tiene que darle la espalda a sus perseguidores. Que, de pronto, son más. Lo llenan de plomo. En Córdoba le escriben poemas: «Te mataron, Flaco, peleando, como se debe morir». Este es Carlitos Capuano Martínez y está en ese Fiat 1500, blanco. Hoy, en William Morris.

—Tengo algo mejor para darle, oficial —dice Fernando. Y le muestra una chapa de policía cuidadosamente hecha para casos como este. El policía la mira. Asiente.

Parco, con sequedad, dice:

—Buenas noches.

Le ha entregado la chapa a Fernando. Camina hacia la salida. Y ahí estalla el infierno. Viene de la calle.

El policía de la puerta sale y se une al que está afuera. Caminan hacia Ramus. A un metro, un metro y medio de distancia, le piden documentos. Ramus saca su pistola y les tira con desorden, con furia, pero con muchos nervios. Con imprecisión. Los policías responden. Los dos de adentro —seamos claros: los de la pizzería, los que le pidieron documentos a Fernando y a sus compañeros— escapan hacia una obra en construcción, ahí nomás. Parapetados, abren fuego. Ramus apela a su carta de triunfo. Tiene una granada. La saca, la destraba y se dispone a tirarla sobre los canas. Tarde, mal. La granada le explota en la mano. Pocos testigos había esa noche. Pero juran que nunca escucharon un grito de dolor más espantoso. No creyeron que algo así pudiera brotar de una persona. No lo creyeron ni lo creerían porque jamás una granada habría de explotarles en la mano, arrancándoles medio cuerpo en vida. Solo las existencias azarosas, las que se deslizan por los bordes, las que eligen los extremos, pueden terminar de un modo tan horrible. No siempre. Vivir en los extremos también puede llevar al triunfo, a la gloria, al mito. Es así: todo o nada. Esa noche, para Carlitos Ramus, fue nada.

Apostados contra la ventana —luego de haber apartado la mesa—, Fernando y el Negro Sabino contestan

el fuego. Los canas son cuatro. Echan todo el plomo que tienen sobre esa ventana de la pizzería La Rueda. Rodeiro está desarmado. Nada puede hacer. Desde donde está, Capuano ni siquiera puede abrir otro frente de fuego. Fernando y el Negro siguen tirando hasta que entienden que tienen que jugarse enteros.

—Negro —dice Fernando—, en menos de cinco minutos van a llegar cien canas para respaldar a estos. O salimos ahora o no salimos nunca.

¿Por qué no escaparon por el fondo? Supongamos: le tenían miedo al fondo. No sabían a dónde llevaba. O si llevaba a alguna parte. Si tenía o no salida. Era probable que se metieran en una ratonera. Pero tal vez fue otra cosa. Fernando no quería escapar como una rata, como un cobarde. Si había que pelear, él peleaba. Pero de frente. Aún llevaba en sí la fe de ser invencible. A él, la muerte lo iba a respetar. La Historia tenía que darle tiempo. Permitirle exponer todo lo que en él podía contribuir a explicarla, a darle coherencia. Si moría ahora eran demasiadas las cosas que nunca se iban a discernir, los hechos que permanecerían en la bruma, azarosos, descolgados. Además, ¿darle la espalda a la cana? Ni loco.

—Salgo yo primero, Negro —dice—. Salgo y te cubro. Vos rajate.

—Tás en pedo. Salimos juntos.

—Negro cabezón. Aquí no hay héroes, boludo. Hay que salvarse.

—Los dos o ninguno. ¡Dale!

Van hacia la salida. Recargan las armas. Patean la puerta y salen a los tiros. Del pecho de Fernando brota,

como si estallara, un hervor de sangre. Cae, duramente, contra la vereda. Al verlo así, el Negro Sabino se mete en una casa, la que está al lado de la pizzería. Corre hacia el fondo y busca saltar el muro de cemento. El muro, en lo alto, tiene montones de vidrios. Pegaban vidrios con cemento en los setenta. Así protegían las casas. Vidrios de botellas de Coca-Cola, de vinos Pangaro, de Fanta, de Paso de los Toros, de 7 Up. Para treparlo, el Negro se agarra al tope del muro y los vidrios le tajan malamente las manos. Igual, estragado, consigue huir.

Ante el desastre, Capuano se mete en el Fiat y escapa. Luis Rodeiro no está armado. Se entrega. Fernando está boca abajo, muerto. Llega un patrullero. Se abre una puerta y asoma una bota negra, puntiaguda, trabajada por un lustrabotas esmerado que le ha extraído brillos poderosos, tan agresivos que ahora parecieran horadar la noche. Baja un subcomisario. Raro que un subcomisario use botas. Pero este sí. No es uno más, uno cualquiera. Es un tipo imponente, mide casi dos metros, acaso algo menos, pero no le anda lejos. Tiene cejas pobladas, bigotes negros bien recortados, labios gruesos y una nariz agresiva, como de ave de rapiña, mortal. Ocupa un enorme espacio de la realidad o esa es la sensación que da, que impone. Hay que abrirle paso. Si no, no habrá cosa que no se lleve por delante. Es el jefe. Dice:

—Déjenmelo ver.

Uno de los policías de civil, con el pie, pone boca arriba el cadáver de Fernando. El subcomisario lo mira un buen rato. Nadie habla. Por fin dice:

—Es un pibe, carajo. Un pendejo. Para mí, si Perón

espera algo de estos colegiales está bien jodido. —Suspira con fastidio. No le gusta su trabajo. Al menos, no le gusta el que le ha tocado hoy. Dice, casi con pena—: Pobre pibe, venir a morir así. Como un perro. Y por nada. —Gira bruscamente. Quiere olvidarse del asunto. Con rabia, con un malestar que a él mismo lo sorprende. Hasta, se diría, con dolor, ordena—: Llévelo a la morgue. Ya saben: al Instituto de Cirugía de Haedo.

Con su bota negra y brillante, como si le diera una patada, malhumorado, pone otra vez boca abajo el cadáver. ¿Quién es? Se llama Amengual. Le dicen «El Siniestro». Es un tipo durísimo. Un cana cruel, un torturador «tristemente célebre», como dirá de él, años después, Rodolfo Ortega Peña. Hoy le pasó algo raro. El cadáver de ese joven que murió peleando despertó en él algo que desconocía. Pena por Fernando y también por sí mismo. Entendió que pasaría el resto de sus días matando pendejos como este, que no iban a cesar de surgir, que se multiplicarían hasta ser una plaga. Y cada vez habría que matar más para controlarlos. Para controlar todo. El Estado. El Ejército. La Policía. La Iglesia de Cristo. La propiedad privada. Las vidas de los ciudadanos. Sobre todo esos que estos pibes se empeñan en borrar del mapa: los grandes empresarios, los terratenientes, los líderes de la Sociedad Rural, los financistas de IDEA, los gerentes de las multinacionales, todos ellos. El país entero, carajo. ¿Cuántos voy a tener que matar, torturar, despellejar vivos para que sigamos siendo lo que somos, para que el país se proteja, para salvarlo del marxismo ateo, para conservar su estilo de vida, su or-

gullosa bandera jamás vencida, para que siga siendo lo que siempre fue?

Rabiosamente, escupe hacia un costado y se mete en el patrullero.

—Arrancá —dice.

Desaparece entre las sombras de una noche que no tiene luna. Solo nubes negras, presagios de lluvia. La sangre de Fernando, copiosamente, se ha deslizado a lo largo de la vereda en busca de la calle. Es un río tumultuoso. Llega hasta el cordón. Ahí se detiene. ¿Caerá a la calle? Vacila, es como si hiciera equilibrio. A veces parece que cae, a veces no. Llega otro borbollón y decide todo, es inapelable. La sangre cae del cordón hacia la acequia. Se mezcla con el barro húmedo, con las hojas secas, con los bollos de los diarios viejos, viborea y sigue su curso indetenible. Hasta que llega a una alcantarilla y cae en ese abismo, perdiéndose.